

La Ciencia

Las virtudes de la humanidad son muchas, pero la ciencia es la más noble de todas ellas. La diferencia de que el ser humano goza, por encima y más allá del ser animal, se debe a esta virtud primordial. Es una gracia de Dios, no material, sino divina. La ciencia es una resplandor del Sol de la Realidad, el poder de investigación y descubrimiento de las verdades del universo, los medios por los cuales el hombre encuentra el camino hacia Dios. Todos los atributos y poderes del hombre son humanos y de origen hereditario, consecuencias de los procesos y de las leyes de la naturaleza, exceptuando la inteligencia que es sobrenatural. Por medio de una metódica investigación intelectual, la ciencia se torna en la descubridora de todas las cosas. Une el presente con el pasado, revela la historia y otorga al hombre de hoy, la esencia de todo el saber humano, los conocimientos y las experiencias a través de las edades. Por procedimientos intelectuales y lógicas deducciones de razonamiento, este poder superior del hombre puede penetrar los misterios del futuro y anticiparse a los acontecimientos.

La ciencia es la primera emanación o efluvio de Dios hacia el hombre. Todos los seres de la creación llevan el germen potencial de una perfección material, pero el poder de investigación intelectual y de asimilación científica, es una máxima virtud que sólo pertenece al ser humano. Los otros seres y organismos están privados de estos alcances y potencialidades. Dios ha creado o depositado en el hombre el amor a la realidad. El desarrollo y progreso de una nación, está de acuerdo con la medida y grado de sus adelantos científicos. A través de estos procesos su grandeza aumenta continuamente, asegurando, día por día, la prosperidad y bienestar de su pueblo.

Todos los dones son de origen divino, pero ninguno puede ser comparado con este poder de investigación y búsqueda intelectual, que es una gracia eterna y que produce frutos de un deleite sin fin. El hombre participa siempre de estos frutos. Los otros dones son de carácter temporal, el poder de investigar es una posición, un patrimonio eterno, perdurable. Aun los reinados tienen sus limitaciones y sus caídas, pero aquél es un reinado y dominio que nadie puede destruir ni usurpar. Brevemente, es una bendición eterna, una gracia divina, la suprema dádiva de Dios al hombre. Por lo tanto, debemos encaminar nuestro máximo esfuerzo hacia la adquisición de las ciencias y de las artes. Será mayor nuestro haber en el Designio divino, cuanto mayores sean los conocimientos alcanzados. El hombre de ciencia es perceptivo y está dotado de visión, mientras

que aquél que es descuidado e ignorante en su desarrollo, es un ciego. La mente investigadora está despierta, viva; la mente endurecida e indiferente es sorda y está muerta. Un hombre científico es un verdadero índice, un representante de la humanidad, porque a través de sus razonamientos inductivos e investigaciones está informado de todo lo que concierne a la humanidad, su posición relativa, sus condiciones y sus acontecimientos. Estudia el cuerpo humano político, comprende sus problemas sociales y analiza el tejido y la textura de la civilización. En verdad, la ciencia puede ser comparada a un espejo en el cual, las infinitas formas e imágenes de las cosas existentes son reveladas y reflejadas. Es el fundamento del desarrollo individual y nacional. Sin esta base de investigación, el desarrollo es imposible. Por consiguiente, busquemos con diligente esfuerzo el conocimiento y los alcances de todo lo que se encuentre dentro del poder de esta maravillosa gracia.

Hemos dicho que la ciencia o el atributo de la penetración científica es sobrenatural y que los otros dones de Dios se encuentran dentro de los límites de la naturaleza. ¿Qué prueba todo esto? Todos los seres creados son cautivos de la naturaleza, menos el hombre. Todos los astros que oscilan en los espacios infinitos, todas las formas de vida y de existencia terrestre, tanto mineral como vegetal o animal, se hallan bajo el dominio y control de leyes naturales. Por intermedio de su poder y conocimientos científicos, el hombre gobierna la naturaleza y sus leyes, utilizando estas últimas en la realización de sus mandatos. Dentro de las naturales limitaciones es una criatura de la tierra, cuya existencia está restringida a la superficie, pero gracias a la científica utilización de las leyes materiales vuela por los cielos, navega sobre los océanos y se sumerge y viaja bajo sus aguas. El producto de sus descubrimientos e invenciones, tan familiares a nosotros en nuestra vida diaria, fueron en otro tiempo misterios de la naturaleza. Así trajo la electricidad, del plano de lo invisible al plano de la realidad, aprisionó y gobernó este misterioso agente natural, e hizo de él, el sirviente de sus necesidades y deseos. Son muchos los casos semejantes, pero no creo necesario detenerme en ellos. El hombre, podríamos decir, arrebató la espada de las manos de la naturaleza misma, y con ella, como un cetro de autoridad, la domina. La naturaleza se halla desposeída de la corona de facultades humanas o atributos. El hombre posee inteligencia consciente y reflexión; la naturaleza no la tiene. Éste es un punto fundamental establecido por los filósofos. El hombre está dotado de voluntad y memoria; la naturaleza está privada de ellas. El hombre puede demostrar los misterios latentes de la naturaleza, mientras que ella es inconsciente de sus propios fenómenos. El hombre es progresista; la naturaleza estacionaria, sin el poder de progresión o regresión. El hombre está dotado de virtudes ideales, por ejemplo,

la inteligencia, la voluntad, entre ellas, la fe, la confesión del reconocimiento de Dios, mientras que la naturaleza está exenta de ellas. Las facultades ideales del hombre, incluyendo la capacidad de adquisición científica están más allá del alcance de la naturaleza. Éstos son poderes por los cuales el hombre se distingue y diferencia de todas las otras formas de vida. Es el don del divino idealismo, la corona que adorna las cabezas humanas. A pesar de este don, de este poder sobrenatural, es asombroso que los materialistas se consideren dentro de la cautividad de la naturaleza y de sus límites. La verdad es que Dios ha dotado el hombre de virtudes, poderes y facultades idealísticas, de las cuales la naturaleza está desposeída y por los cuales el hombre se eleva, se distingue y es superior. Debemos agradecer a Dios por estos dones, por los poderes que Él nos ha dado, y por esta corona que Él ha ceñido en nuestras cabezas.

¿Cómo utilizaremos estos dones y cómo disfrutaremos de estas gracias? Dirigiendo nuestros esfuerzos hacia la unificación de la raza humana. Usando estos poderes para establecer la unidad del mundo humano; apreciaremos estas virtudes logrando la unidad entre las razas blanca y de color; consagrando esta divina inteligencia a la perfección de amistad y concordia entre todas las ramas de la familia humana, para que bajo la protección y providencia de Dios, el Este y el Oeste, junten las manos, se comprendan y se amen como tiernos enamorados. Entonces la humanidad será como una sola nación, una sola raza, una sola clase, como las olas de un mismo océano. Posiblemente estas olas pueden variar en forma y tamaño, pero serán siempre olas del mismo mar. Las flores pueden ser matizadas en colores diferentes, pero serán siempre flores del mismo jardín. Los árboles se diferencian a pesar de crecer en el mismo huerto. Todos ellos son alimentados y vivificados con las aguas de la misma lluvia; todos crecen y se desarrollan bajo el calor y la luz del mismo sol; todos son refrescados y estimulados por el beso de la misma brisa, para que así, ellos puedan brindarnos variados y deliciosos frutos. Todo esto está de acuerdo con la Sabiduría creadora. Si todos los árboles produjeran la misma clase de frutos, dejarían de ser deliciosos. En su variedad sin fin, el hombre encuentra gusto en vez de monotonía.

Y ahora, al contemplar vuestros rostros, me viene a la memoria el recuerdo de un huerto cubierto de colorido y frondosos árboles, llenos de sabrosos y deleitables frutos, fragantes y deliciosos, que embelesan los sentidos. El esplendor y la espiritualidad de esta reunión, se debe al favor de Dios. ¡Qué nuestros corazones sean levantados en agradecimiento hacia Él! ¡Loado sea Dios! Vivís sobre el gran continente del Oeste, gozando de la perfecta libertad, seguridad y paz de este gobierno justo. No hay causa de sufrimiento o infelicidad en ninguna parte; toda clase de felicidad y placer os rodea, porque en este

mundo humano no hay otra bendición superior a la Libertad. Vosotros no podéis saber esto porque habéis vivido y estáis ahora viviendo en libertad y sin temor a nadie... Yo, que durante cuarenta años he sido prisionero, lo sé. Conozco el valor y la bendición de la libertad. ¿Hay una mayor bendición que ésta? ¡Independencia!... ¡Seguridad!... ¡Libertad!... Éstas son las máximas gracias de Dios. ¡Por esto alabad a Dios!